

Por mil partes le hieren, y por una
A la muerte abrió puerta su fortuna.
Entre el izquierdo brazo, y la loriga,
Una encubierta punta desmandada
Tan dulcemente entró, que sin fatiga
Del cuerpo cortó al alma la lazada:
Cayó el moro, y tras él la dulce amiga
Del capitán cristiano desmayada,
Con el engaño de tener por cierto
Que no era el moro, mas su esposo el muerto.
Fue á tiempo el darle muerte á Cardiloro
Que el montañés llegaba alborotado,
Por ver del repentino asalto moro
El que él iba á hacer anticipado:
Y oyendo de las armas el sonoro
Ruido ir en aumento recatado,
Con una oculta escuadra de Guzmanes
Venía á requerir sus capitanes.
Venía también á hacer secreta guarda
Al balcón de oro, de su gloria puerta,
Cuando muerto vió al moro, y la gallarda
Dama á su lado desmayada, y muerta:
No conoció su luz, ni á verla aguarda
De la amorosa suspensión despierta,
Mas en su amor el alma divertida,
La que buscando va de la pérdida.
Creyó que fuese alguna dama mora
Del que á desgracia han muerto en la contienda,
Y ella, y el paje que cabe ella llora,
Presos manda llevarlos á su tienda:
Y tras el bien que deja, y que adora,
Con su escuadra tomó una estrecha senda
Que á la torre va á dar, donde su gente
Ya culpándole está de negligente.
Va buscando la gloria que ya tuvo
Caida ante sus pies sin conocella,
Cuando la culpa de perderla estuvo
En no llegarse como pudo á vella:
Mas ¿quien lo advierte todo, ó en quien hubo
Tan sabia prevención, que pueda en ella
Medir las ocasiones, y en ninguna
Perder lance á las vueltas de fortuna?
No hay descuido ex amor que no se pague,
O sea el cobrar remiso, ó sea contado,
Ni estado tan feliz que no lo estrague
El desmán de un suceso no pensado;
Que si da la fortuna antes que amague.
¿Qué escudo bastará á su golpe airado?
Fue á dar con el balcón el godo tierno,
Y en vez de alegre gloria halló el infierno.
Vió escalado su muro, y puesto fuego
Ya por allí el balcón resplandeciente,
Y que en tropel confuso y furor ciego
Por él entraba la morisca gente:
Y un soberbio jayán de nación griego,
Señor de Negroponto, puesto en frente,
Que da favor y fuego á los de arriba,
Y á voces el combate y cerco aviva.
Reverberan las llamas en las hojas
Del arnés limpio de bruñido acero,
Y el aire obscuro con vislumbres rojas
Al jayán vuelve mas horrible y fiero:
Crece el rumor, el fuego, y las congojas
En el dorado alcázar, y él entero
Con su furor el gran tesoro sustenta,
Y á todos golpes da, y armas presenta;
Cual tal vez cabe un risco cavernoso
De negra escama pálido serpiente,
Que en renovadas conchas poderoso
Muestra la cresta azul resplandeciente,
Y si del fuego que hizo el perezoso
Gañan junto á su cueva el calor siente,
Saltando á él sin que temor le ocupe;
Tres leguas silba, y la ponzoña escupe?
Quedó el amante de la dama bella,

Que en salvo puesta sin pensar tenía,
Viendo la escala; y que el jayán sobre ella
La torre con su gente entrado había,
Suspensa el alma, alborotada en vella,
Y en vario discurrir la fantasía,
Dándole vuelta á su pesar la suerte
En tormento el placer, la vida en muerte.
Así tal vez villano entretenido
En acechar de una perdiz medrosa
Para hallarla de noche el caro nido.
Si al estender la mano codiciosa
Al escorpión tocó que la ha comido,
Atrás rehuye, y con la temerosa
Luz de sus vivos ojos ve el engaño
Del riesgo suyo, y del ajeno daño:
Tal de Velasco la nobleza antigua
Suspensa se quedó viendo el gigante,
Como nocturna y lóbrega estantigua
Entre el humo y el fuego resonante,
Y del confuso vulgo y gente ambigua
El tropel ciego y el furor bastante
A tomar la ciudad, mas en un punto
El miedo y suspensión se acabó junto.
Y como el que en los brazos de Morfeo
Se sueña de un león fiero asaltado,
Que despierto en el bosque Dodoneo
Le ve sobre algun risco encaramado:
Hallando ser verdad el devaneo
Del sueño sale á él alborotado,
Trocada en riesgo la apacible caza,
Y con la fiera y su furor se abraza;
De tal manera Argildos viendo el paso
A que sus cosas trajo la ventura,
Furioso hacía el gigante Radagaso
Sale amparado de la noche obscura:
Y antes que el feroz moro sienta el caso,
Un revés le alcanzó por la cintura
Que le hizo dar de manos, y le hiciera
Dos, si el filo al cortar no se torciera.
Saltó el gigante cual dragón herido
Del duro céspedes que arrojó el villano,
Y al tierno amante en fuego convertido
Del mismo en que arde el torreón cristiano
La respuesta volvió con tal ruido,
Que acertando en el yelmo sonó el llano,
Como si por socorro en ver que se arda
La torre disparara una lombarda.
El español que dos deidades juntas
Hora y amor le hierven en el pecho,
Una tras otra hiere de dos puntas
Al que su gloria puso en tal estrecho:
Que del fornido acero por las juntas,
Lago de roja sangre dieron hecho
El antes verde prado, cuyas flores
Muertes respiran, y solían amores.
Al recibir el moro la una herida,
Otra al bravo leonés le dió en un brazo,
Que aunque sin daño y riesgo de la vida,
De acero y carne le llevó un pedazo:
Y dando y recibiendo una avenida
Y tempestad de golpes, hizo el plazo
De su vida mas breve un altibajo,
Que un brazo al rey de Ponto le echó abajo.
Mas como si la fuerza se pasara
Del destroncado brazo al brazo vivo,
Así con nueva fuerza da y repara
Golpes á su contrario el griego altivo:
En esto el fuego con su rubia cara,
Para hacer el combate mas esquivo,
Apoderado del dorado techo,
Con su costoso daño hacia provecho.
Y la española escuadra que venía
Por guarda del hermano de Tibalte,
Y en ciega tropa arremetido había,
Cubriendo el campo de sangriento esmalte,

Mezclada entre los bárbaros subía
Por la alta escala, haciendo que no falte
Quien con la sangre mora no pequeña
Parte apague del fuego de Sansueña.
Del son confuso el resonar valiente,
Y de la llama el rechinar sonoro;
Asombró el pueblo, que tenía su gente
Segura por allí de el campo moro:
Caen almenas, y vuela en brasa ardiente
La ancha techumbre de artesones de oro,
Y de gruesas columnas jaspes varios
Tristes sepulcros dan á sus contrarios.
Hizo el fuego las señas con sus llamas,
Y acudió á aquella parte el furor todo,
Los unos á perder vidas y famas,
Y otros á hallarlas por el mismo modo:
Al fin del ciego bosque entre las ramas
Del asturiano campo y pueblo moro
Lo mejor se juntó, y duró el rebato
De la confusa noche el mayor rato.
Murieron muchos de una y otra parte
En la confusa bárbara refriega,
A unos dando el rendido baluarte
Muerte común y sepultura ciega,
A otros la espada del sangriento Marte
Los vendimia en agraz, y en flor los siega
Por varios trances, que el morir es cosa
De todas la mas cierta, y mas dudosa.

ALEGORIA.

La hermosa reseña del campo de España significa la que el entendimiento hace de las virtudes para conseguir el fin de la felicidad política.
En el suceso de Serpilo y Celedon se descubre la hermosura y fuerza de la verdadera amistad: en el estrago que hacen en el campo dormido, la poca seguridad de la vida humana, y como no hay campo seguro para la muerte: y en la de Cardiloro, y sus vanas pretensiones, cuan inciertos y mal entendidos salen siempre los oráculos y pronósticos humanos en las cosas por venir.

LIBRO NONO.

ARGUMENTO. Argildos, creyendo que Florinda es muerta, ó robada, se quiere matar de pena, y ella sospechando ser su esposo el muerto toma veneno para matarse, y sucede en ambos un notable desengaño. Bernardo siguiendo una cierva encuentra á Angélica en las uñas de un dragón, siguela por las oscuridades de una cueva, y hállase enredado en un extraño encantamiento, donde Proteo le descubre quien son sus padres. Arleta pide á Galiana Justicia contra Ferraguto, y él hace batalla con Rangorio, á quien mata, y quita el escudo, y por las armas del es tenido por francés, y acometido de la gente que de Toledo venia en favor de Galiana, de quien queda preso por culpa de su caballo: oye en un bosque ruido de armas, y por ver qué sea, se pierde con la oscuridad de la noche de los que iban con él.

Argildos ya, despues que á Radagaso
Con gallardo esgrimir quitó la vida,
Y á Arganda, un moro capitán, de paso
Cabeza y pecho abrió de una herida;
En compañía del prudente Erasmo,
Que una escuadra á sus pies tenía rendida
De alarbes berberiscos, que en España
La gente fué de mas coraje y saña:
Ganando el paso de la escala y muro
A costa de su sangre, y de la ajena,
El amante subió libre y seguro
A ver su gloria, y á hallar su pena:
Que entre el negro carbon del humo oscuro
A vueltas de otros tristes llantos suena
Que Florinda murió, ó es cosa cierta
Que está cautiva y presa, sino es muerta.

Creése que consumida de la llama
Entre carbones de oro es ya ceniza,
Y que de su valor sola la fama
Viva ha dejado la sangrienta riza;
Porque el oculto cuarto de la dama
Puerta fue del asalto, y la postiza
Escala su balcon, y el mauro fiero
En ella ejecutó el furor primero.
Llegó la fama ya verificada
Con bastantes indicios al amante,
Que de dolor el alma traspasada
Quedó á una muerta estátua semejante.
Como el preso sin culpa, que ya dada
En su causa sentencia ve delante
El verdugo que á darle muerte viene,
Cuando por libre en su opinion se tiene.
Tal quedó Argildos, que un morisco pudo
De un golpe echarlo desde el muro al suelo,
Que ni para la espada ni el escudo
Fuerza dejó ni brio el mortal yelo:
Dado de pena en la garganta un nudo,
Caido el corazon, y el desconsuelo
Mayor que tal desgracia se atribuya,
O á poco amor, ó á negligencia suya.
Quiso darse la muerte con su espada,
O dejarse matar de un enemigo,
Sino fuera en su honor, ó en su pasada
Culpa un breve morir corto castigo:
Mas esto, y la esperanza amortiguada,
Aun no muerta del todo, abrió un postigo,
Por donde entró una furia de tal modo,
Que pensó hundirlo en su venganza todo.
Tocaba á recoger el campo moro,
Viendo engrosado mas que convenia
El asalto que el mozo Cardiloro
Sin justa causa comenzado habia:
Cuando el valiente Argildos el sonoro
Rumor de los clarines revolvía
A hacer cruel venganza y escarmiento
De la triste ocasion de su tormento.
Y aunque cubierto del nocturno luto,
Y de tinieblas lóbregas revuelto,
Al rayo de su espada el campo bruto
En un confuso infierno quedó vuelto:
Cogiendo en negra sangre horrible fruto
Del rabioso dolor en que va envuelto,
Dando golpes á ciegas, que de dia
Tendrá bien que contar la pluma mia.
En tanto la alligida hermosa dama,
Ya persuadida que es su esposo el muerto,
Con los perdidos lustres de su fama
En el trazado fin de su concierto.
El pecho ardiendo en amorosa llama
Su amor llora perdido, y descubierto,
Sin sombra ni apariencia de disculpa,
Que encubrir pueda ó disculpar su culpa.
Al ciego amparo de un rincón obscuro
De la tienda, que fuera cielo claro
A saber cuya era, y cuan seguro
Allí tenían sus males el reparo,
Con llanto amargo, que un peñasco duro
Tierno hiciera en su triste desamparo,
Así de sus dos manos hecho un nudo
Quejas al cielo da en lenguaje mudo.
«Oh cielo que ya tienes el tesoro
Cuya memoria un pecho enriquecía,
Y á mí en triste ocasion de eterno lloro
Para nunca haber fin la pena mia!
Si del sol que perdí, y perdido adoro,
Ya en tu horizonte amaneció su dia,
Y mi alma, que es sin él noche profunda,
Jamás espera ver su luz segunda.
¿Por qué en este desvan lóbrego y triste,
Para solo llorar desgracias hecho,
Quedar pensando el cuerpo permitiste,



Que es sin su vida de ningún provecho?
Las vislumbres del gusto con que diste
Mas dulce al alma el nudo, y mas estrecho,
¿Dónde se fueron á volver estrellas,
Llevándose mi bien volando en ellas?
¡Ay tierno esposo! ¡nombre regalado,
A quien yo por mi mano dí la muerte!
¡Cruel piedad! ¡concierto desdichado,
Debajo el dulce fin de complacerte!
¡Inconstante fortuna! ¡adverso hado!
¡Menguada hora de infelice suerte,
Que tantos juntos abracé conmigo,
Para solo quitarme un dulce amigo!
¡Alma dichosa, que en amor ardiendo
Sobre tu mismo fuego te levantas,
Y ya campos de gloria van midiendo
De tus piés santos las divinas plantas,
Mientras del tercer globo estás cogiendo,
Entre sus rosas y azucenas santas,
Los castos pensamientos en que tuve
La fe sembrada que en tu ley mantuve!
Vuelve los ojos, mira el sacrificio
Que ahora á tu deidad hacer espero,
Que vivir fuera yo de tu servicio,
Ni puedo ya, ni aunque pudiese quiero:
El alma en ir tras sí hace su oficio,
Y yo el mio en morir, pues por tí muero,
Acoge ahora esta piadosa ofrenda,
Que el dolor sana, y el honor remienda.
Y el cielo justo, pues que lo es, ordene,
Que en honra de un amor y fe tan pura,
Lo que apartados al morir nos tiene,
Muertos nos junte en una sepultura.»
Dijo, y toda turbada en ver que viene
La infeliz hora de la muerte obscura,
Resuelta ya en tomarla en cualquier via
Antes que asome con su lumbré el día;
Con varias trazas considera el modo
Mas fácil de matarse, y mas honesto,
Antes que haga por el campo todo

La fama el primer yerro manifiesto:
Al fin con pecho real y ánimo godo
Entera en su memoria halló puesto
El camino mejor mas breve y llano,
En tomar un veneno de su mano.

Acuérdase que en guarda y fiel recato
Le dió su anciano padre un pomo de oro
De mortal confeccion con que un ingrato
Indio, por orden de un esclavo moro,
Matarle quiso, y descubrió el trato
Los quemó vivos, y el mortal tesoro
Ella por mas guardado, y mas recluso,
Entre sus joyas sin pensar le puso;

Y que en el rico cofre que allí viene
Su desgracia le puso, ó su ventura,
Y así vuelta ya alegre en ver que tiene
Tan vecina la muerte, y tan segura,
Ni perpleja ni en duda se detiene:
Tómale, y al buscar la cerradura
Halla menos la llave, que al ruido
Allá se le olvidó ó se le ha perdido.

Vuelve cuitada á su primer congoja,
Y tanto el cofre aquí y allí revuelve,
Que el acero sin ver cómo se afloja,
Y abierto á su primer contento vuelve:
Todo quiere que muera, ó se le antoja,
Las joyas saca á tienta, y las desvuelve,
Hasta que á hallar al fin entre ellas viene
La que la muerte en fiel custodia tiene.

Mas como obscuro está, ni acierta á abrilla,
Ni su artificio sabe, ni lo entiende,
Y así llorando dice: «¡oh gran mancilla,
Que tan cara la muerte se me vende,
Que ni buscalla basta, ni seguilla,
De mí se esconde sola, y se defiende,
Que es posible que ordene el cielo justo,
Que aun no alcance el morir porque es mi gusto!

¡Oh cómo tiene el corazon humano
Vislumbres ciertas de saber divino!
¡Cuántas veces me dijo el miedo en vano

Que era lo que intentaba desatino!
¡El huir de mí sin me tocar la mano,
El no me hablar palabra en el camino,
Todo era igual congoja y agonía,
Que á ambos un triste fin nos prometia!»
Esto entre sí decía, revolviendo
La muerte aquí y allí cuando en las manos
Cierta licor sintió, ¡oh suceso horrendo!
Que sin mas consultar temores vanos,
Cierta ya que el veneno iba saliendo,
Llegó la boca y labios soberanos
Para beber por ellos lo que cupo
Al corazon mas fiel que el mundo supo.

Y apenas el licor pasó la boca,
Cuando quedó la dama sin sentido,
Tal que mirarla á lástima provoca
Y deja al mas cruel eternecido:
O muerta, ó sino muerta con tan poca
Esperanza de vida, que perdido
Ya el sentimiento, en lágrimas cubierta,
Desde ese punto se contó por muerta.

Ya en esto del color de la azucena,
De aljofar lleno el manto de brocado,
Cercada el alba de una luz serena
De Oriente entraba en el balcon dorado;
Cuando de sobresaltos y de pena
El noble Argildos vuelve acompañado
Con rostro triste y paso perezoso,
Ni vencido, ni alegre victorioso.

Como tal vez sobre los bosques de Ida
Soberbio toro vuelve á su manada,
Sin traer consigo al pasto la querida
Novilla que á traicion le fue robada,
Que el paso lento, la cerviz caída,
La piel en sangre y en sudor bañada,
Al cielo á cada paso vuelto brama,
De amor se queja, y su becerra llama:

Así el valiente godo se retira,
Vuelto ya el campo á su primer concierto,
De congojas cercado, ardiendo en ira,
De triste luto el corazon cubierto,
De sombras lleno cuanto en torno mira
Al dolor vivo, á la esperanza muerto,
Y á su real tienda llega, cuando el día
A ver lo que el asalto obró salía.

Halló á la puerta en hábito de moro
Al cautivo Roselio envuelto en llanto,
El paje con quien hizo Cardiloro
El enredo que á todos costó tanto:
Miróle Argildos y en la nieve y oro
De su rostro y cabello, cuerpo y manto,
Vió al natural á su Florinda bella,
Y fue admirado á arrodillarse ante ella.

Crejó que como estaba concertado
En hábito morisco habia salido,
En el de paje el de mujer trocado
Por mas ligero y menos conocido:
Mas cuando de mas cerca vió burlado
Su antojo, y ser de veras ha entendido
Hombre en el habla, y diferente el trato
De aquella de quien es vivo retrato;

Volvió otra vez á su dolor primero,
Aunque con nueva admiracion y espanto,
En ver aquel gallardo prisionero,
Que á su Florinda se parezca tanto:
Dióle razon del caso un escudero,
Diciéndole: «señor, á noche, en tanto
Que el asalto duró, el capitán Bueso
Trajo una mora, y á este moro preso.

La mora en tristes lágrimas metida
Allá dentro, y el moro en este prado,
Llorando están la libertad perdida,
Y la nueva afliccion del triste estado.»
Dijo, y Argildos la alma divertida,
La vista, el sentimiento, y el cuidado

En su primer dolor, apenas siente
La breve cuenta de su leal sirviente.
Y de congoja y sobresaltos lleno,
Ni á esto, ni á aquello atiende ni repara,
Entrándose en la tienda cuando el freno
Del sol asoma con su lumbré clara;
Dándole luz bastante el día sereno
Para ver la belleza al mundo rara,
Que la ventura ya quiere que vea,
Sin saber como, ni por donde sea.

Como tal vez el Labrador cansado
De buscar el novillo que ha perdido,
En quien todo el caudal tiene empleado
De las pobres cosechas de su ejido,
Entra bajando el monte descuidado
A una cueva sin luz y allí escondido
Acaso le halla entre las ollas de oro,
De un antiguo y riquísimo tesoro;

Así el tierno amador con los temores
Que su imaginacion triste le ofrece,
Sin pensar encontró los resplandores
Del tesoro mayor que le enriquece:
De su bella Florinda vió las flores
Con que de nuevo ya su amor florece,
A un rincon de la tienda desmayada,
Toda de joyas y hieldad cercada.

Danae quizá, cuando entre lluvias de oro
Bajó á su lecho celestial riqueza,
Tuvo en sus faldas otro igual tesoro,
Mas en su rostro no otra igual belleza:
«¡O soberano cielo en quien adoro!
(Dijo el godo, aun no libre de tristeza)
¿Anda fortuna haciendo devaneos
Entre su ciego antojo, y mis deseos?

No es este el bello sol que mi alma alumbra?
¿Este no es su retrato verdadero?
¿Es sueño, ó sombra, ó luz que me deslumbró?
¿O la fingida imagen por quien muero?
¿O es la imaginacion con que acostumbra
Pintar la gloria amor, que sigo y quiero
Para volverme con deseos loco
Del mismo gusto y bien que veo y toco?

¿Háse quebrado en dos el limpio espejo
En quien solia mirarse la hermosura,
Que tan por un nivel, tan per parejo,
Se muestra en dos mitades su figura?»
Así dijo, y con ánimo perplejo
En el secreto de la enigma obscura
Llegó á la bella dama, y á un pequeño
Moverla le rompió el sabroso sueño.

Despertó sin sentido alborotada,
De sudor y de lágrimas cubierta,
Y en ver su tierno amante mas turbada
Sospecha todavia que esta muerta;
Hasta que vuelta en sí, y desengañada,
No que en vana fantasma y sombra incierta
Su esposo está, mas en alegre vida,
En nueva admiracion quedó metida.

Así en la escena trágica aparece,
Al desatarse el nudo y la maraña,
En que su alegre ó triste accion fenece,
La antes oculta novedad estraña,
Con que la pena ó la alegría crece,
Que las pasiones mueve, y las engaña,
Poniendo los sucesos diferentes
Admiracion y espanto en los presentes.

Ya tuvo sabios la opinion humana,
Que por ver los dislates de la vida,
Los ciegos desvarios, y la vana
Locura en sus propósitos metida,
Creyeran que esta fábrica mundana
Del santo cielo estaba desasida,
Sin ley ni dependencia en su gobierno,
De libre brazo, ni saber eterno.

Mas que el divino artifice, que solo

El globo hizo y máquina presente,
La luna variable, fijo el polo,
A Bootes frío, y al león caliente,
Como el día le dió á la luz de Apolo,
Y la noche al reposo de la gente,
Así tambien sin diferencia alguna
Los hombres á las vueltas de fortuna.

De aquí daban nacidos los errores,
La variedad de vidas y de muertes,
La mudanza de estados y favores,
Las infelices y felices suertes;
Ser reyes unos, otros labradores,
En pobres chozas ó en castillos fuertes;
Y aquel andar á tiento los mortales,
En medio de los bienes y los males.

Todo esto hacian alhajas de fortuna,
Que es del reloj divino órden entera,
Sin quien no mueve el mar ola ninguna,
Ni una arena hay de mas en su ribera:
Esta el cielo y la tierra tiene en una
Lazada y dependencia verdadera,
Ordenando las cosas de tal modo,
Que cada cual sea parte de este todo.

Mas hay en esto modos naturales
Con que sus cursos corren nuestras vidas,
Que ni es todo milagros celestiales,
Ni todo caso y suertes no entendidas,
Que muchos de los bienes y los males
Nacen de cosas bien ó malregidas,
Y el albedrío hizo de su mano
Piadoso á César y á Neron tirano.

Bien que hay casos tambien donde no puede
La prudencia estorbarlos ni el aviso,
Que el mundo hace que su vuelta rueda
Por donde él quiere y no el prudente quiso:
Y Ulises por mas curso que le quede
De esperiencia y saber, no hará el preciso
Golpe vano que el hado le predijo,
Que al fin morirá á manos de su hijo.

Aquí entra ya la buena ó mala suerte,
Donde no alcanza el albedrío humano,
Que al uno hace errar, y á otro que acierte
Por donde no pensó ni fue en su mano:
Esta dió á Cardiloro ayer la muerte,
Huyendo della por camino llano,
Y la vida guardó á Florinda bella,
Cuando ella mas trataba de perdella.

¡Estrañó caso! en la bugeta de oro
Que el veneno mortífero traía,
La contrayerba del mortal tesoro
Por sí en licor suavísimo tenia;
Que tal fue siempre en esto el uso moro
Dar el remedio donde el mal venia,
Y á la dama tambien su buena suerte,
Hallar la vida por buscar la muerte.

De un frío áspid de Libia soñoliento
La mortal confección era amasada,
Y el mitridato por el mismo intento
Durmiendo la dejaba reparada:
Trocó á las cosas la ventura el viento,
Y la afligida dama alborotada
Bebió por beber muerte en la bebida
Un dulce sueño que le dió la vida.

Estando en esto todos divertidos,
Roselio abrió la puerta al desengaño,
Y de los desconciertos referidos
El discurso contó y suceso extraño:
Los dos tiernos amantes advertidos
Del bien presente, y del pasado engaño,
Al cielo alaban, que por tales pasos
Piadoso rige los humanos casos.

Publicóse la nueva venturosa,
Y el amante sagaz viendo trocada
En ocasion honesta la amorosa,
Que antes viniera á ser grave y pesada;

Al triste alcaide, padre de su diosa,
Que por muerta la tiene, ó por robada,
Aviso envía y da nueva cumplida
Ya de su libertad, y de su vida.

Vino el anciano capitan gozoso
Al real en grave pompa y aparato,
Resuelto de no ser al valeroso
Godo á tan nuevo beneficio ingrato:
Si él gana hija, que ella gane esposo,
Y el premio todos de un honroso trato,
Trocándose por casos semejantes
En paz la guerra de los dos amantes.

Estos milagros hace la ventura
Cuando se muestra un poco aficionada,
Yerros dora, descuidos asegura,
La muerte en dulce sueño da trocada:
El cautiverio en libertad segura,
La guerra y pena en gloria y paz sagrada,
Y así á las cosas trueca el sobrescrito,
Que á veces saca premios del delito.

Fue el valeroso alcaide recibido
En real aplauso y magestad decente
De la gallarda dama, y su querido
Amante, y la demás guerrera gente:
Donde luego que vió al recién venido
Preso, en nada á Florinda diferente,
«¡Santo Dios! dijo, ¿qué ventura es esta
En tan notable maravilla puesta?

¿Quién trajo aquí esta nueva hermosura
En jóven tan gallardo, y tan apuesto?
¿Es de claro linaje, ó sangre obscura?
¿Quién me sabrá decir lo que hay en esto
Ó es el que yo en una espesura,
Cuando en amargo llanto y luto puesto
La traicion me dejó de un moro ingrato
Robándome este rostro, ó su retrato.

Decidnos, bello moro, ó fiel cristiano,
Vuestra tierra, nacion, ley, y nobleza,
A quien el alto cielo dió la mano
Tan abundante en gracia y gentileza.»
Así el alcaide dijo, y el lozano
Doncel con nuevas prendas de belleza,
De empacho y sobresalto de quién era,
Turbado respondió desta manera:

«Señor, de mis parientes y linaje
Mas noticia no tengo ni esperiencia,
Que haberme desde niño visto paje
De Abdalla, rey tirano de Valencia:
De adonde hasta aquí hice un viaje
Por un rodeo lleno de violencia,
Que así, señor, pasé... y así queria
Decir lo poco que de sí sabia;

Quando en confusa trápala y ruido
Por la real tienda entraba un moro bravo
De un vulgo y furia popular asido,
Y un valiente caudillo de otro cabo:
Hanle entre los cautivos conocido
Por el rojo Alfaquíz, antiguo esclavo
Del alcaide, y aquel que ahora dijo
Que en una caza le robó á su hijo.

Fue de la arma pasada el desconcierto
De tanto riesgo en el real pagano,
Que hallando lo mejor del campo muerto
El viejo Zumail, moro liviano,
Desesperado huyó, huyó encubierto,
Y el resto se dejó al furor cristiano,
Entre cuyos despojos y tesoro
Raulin prendió al antiguo esclavo moro.

Prendióle, y todo lleno de cuidado
A que del tierno padre en la presencia
El rico hurto descubra, aprisionado
Le trajo en tanta guarda y diligencia:
Quedó de nuevo el campo alborotado...
Mas mientras se sosiega, y dan audiencia,
Al nuevo preso, de Bernardo quiero

La luz seguir de su invencible acero.
Ya despues que con trágico lamento
Fin dió á su historia el español gallardo,
Y deslumbrado en su beldad á tiento
Se entró tras una corza el gran Bernardo
Por la incógnita selva, en el aliento
Y ligereza que un dispuesto pardo,
Quando en la Libia la hambre le persigue,
Y un lobo por las breñas de Atlas sigue.

De las ásperas queiebras de la sierra
Corrido un no pequeño trecho habia,
Quando abrirse de lejos vió la tierra
Que en tumbo hinchado sobre el mar caía,
Y al negro abismo que su vientre encierra
Arrojarse la luz tras quien venia,
Admiróle el suceso, y fue con nueva
Curiosidad á entrarse por la cueva.

Quando en el verde suelo vió caída
La hermosura de Angélica, y sobre ella
Una enreçada sierpe, que atrevida
En sus artejos quiere deshacella:
Aquella beldad misma que su vida
En aire obscuro vió clara estrella,
La noche que á Orimando en su presencia
Su luz arrebató maga violencia.

Admiróse el mancebo, y condolido
De la ingrata belleza, aquella espada
Que ella por mas favor le habia ceñido,
A volver por sus causas obligada,
Bravo sacó y con ánimo atrevido
Corre á librar la dama desmayada,
Que el dragon en la boca se la lleva
Por las entrañas de la obscura cueva.

Entró tras él el animoso infante
Al sordo estruendo de la sierpe horrible,
Sintiendo detenerse por delante
De un fuerte y singular brazo invencible;
Hasta que en fuerza y ánimo constante
Vencido de la máquina terrible
El importuno estorbo en son horrendo
Fue por el negro sótano cayendo.

Piensa que haya bajado hasta el profundo,
Segun las vueltas y traspiés que ha dado,
Quando de nuevo se halló en el mundo
Con dos gigantes sobre un fresco prado,
Que el uno ha muerto el animal inundo,
Y el otro por el oro ensortijado
Del hermoso cabello á toda priesa
La Angélica beldad se lleva presa.

Deten, negra fantasma, el jóven grita,
Y tras él sale á remediar el caso,
Quando el otro jayan le ataja y quita
Con firme maza el importante paso:
Tal que si el primer golpe no le evita
Un salto atrás en aquel campo raso,
Contra el valor de los eternos astros
De su muerte quedaran tristes rastros.

Iba sin mas defensa el caballero
Que de su limpia espada la destreza,
Con que el jayan de corpulento acero
Sus golpes perder hizo y su braveza,
Acertándole algunos el guerrero
A pesar de su altura en la cabeza,
Por donde en vez de sangre salen toscas
Bandas de abispas, y de negras moscas.

¡Horrible caso! por el negro viento
El importuno y mal nacido enjambre
Sobre el bravo español vuela sin tiento,
A hartar en él las rabias de su hambre:
Siéndole su inquietud mayor tormento,
Que el encantado bulto y tez de alambre,
Que la cruel maza encima dél revuelve.
Y en alados gusanos se resuelve.

Como entre los tomillos y el romero
Del fértil monte Híbla causa pena

El belicoso enjambre al oso fiero,
Que sin tiempo desfonda la colmena,
Dando el liviano corcho el golpe entero
De dulce ambrosia de enemigos llena,
Y haciendo la defensa de su vida
Sabrosa la victoria y desabrida.

Así el menudo ejército que vuela
Sobre el rostro y los ojos de Bernardo,
Le inquieta, le congoja, y le desvela,
Sin valerle defensa ni resguardo:
Ni le aprovecha maña ni cautela,
Ni importa ser ligero ni ser tardo,
Que lo ha con enemigos inconstantes,
Que se atreven á reyes, y á gigantes.

Mas de nuevo le asombra un nuevo caso
En esta estraña y desigual conquista,
Que en picando la avispa, el bulto escaso
Volvia en rojo rubí ó blanca amatista:
Y donde quiera que fijaba el paso
Rastro quedaba en relumbrante lista
De las preciosas piedras que ya en vuelo
Moscas vinieron hechas por el cielo.

Así en su trono real Midas sentado,
Y convirtiendo cuanto toca en oro,
Si acaso vino un escuadron al lado,
Que en torno vuela con hablar sonoro,
Lo que le llega en oro cae mudado,
Con que el espanto crece y el tesoro,
Y si la tierra pisa, deja en ella
Resplandecientes rastros de su huella.

De pedrería cubierto el valle ameno
Ya la braveza del leonés tenia,
Y el fingido jayan de avispa lleno
Con solos adeinanes combatia:
Quando quitando al sufrimiento el freno,
A pesar de la maza que esgrimia
Un golpe le acertó por la cintura,
Que cortó en dos la bárbara figura.

La mitad se quedó en el verde prado
De bronce hecha imagen verdadera
Del invicto español, que retratado
En ella goza su hermosura entera:
La otra mitad en vuelo levantado
Subir se vió por la estrellada esfera,
De lenguas llena, y de dorada llama,
Con la trompa y las alas de la fama.

Cobró el invicto montañés sosiego
Vencido aquel fantástico enemigo,
Y á dar alcance y guerra corre luego
Al que se lleva á Angélica consigo:
Viola entrar por la llama de un gran fuego,
Y sin buscar mas puerta ni postigo
Tras él se entró, que á quien honor pretende,
Ni el fuego espanta, ni el temor le ofende.

Así el fuego se cuenta que en su esfera
Es con su tibia luz tan perezoso,
Que aun no llega á esponjar la blanda cera,
Ni á ser mas que un vapor claro y lustroso:
Pasó libre la luz que reverbera,
Y hallóse en un sepulcro tenebroso,
Que en una obscura tumba parecia
Al débil rayo de un farol que ardia.

Rondaba en torno dél un cuerpo muerto,
Negra fantasma, ó sombra descarnada,
Quedó pasmado, y el cabello yerto,
Suspenso el paso, y la color mudada;
Hasta que reportado: «oh, tu, encubierto
Cadáver, dijo, dime en voz prestada,
Sino la tienes propia, por cual cueva
Un jayan bruto preso un ángel lleva.»

Juzgó que en las honrosas pretensiones
Del ir tras la virtud es caso indino
Pensar que aun á los muertos las razones
Falten para mostrar senda y camino:
Ni que puedan fingidas ilusiones

Torcer el curso del saber divino,
Que á cada vida tiene, y cada hado,
El punto fijo y centro señalado.

Esto á pedir con libertad le obliga
El carcomido bulto luz bastante
Del huido jayan, y el con amiga
Caricia le adestró con ir delante,
Pidiéndole por señas que le siga
Por un hundido sótanó distante,
Que secas las arterias y pulmones
Aire le falta en que formar razones.

Fueron bajando un caracol difuso
Al rayo de la lámpara de fuera,
Que en aire negro, y cóncavo confuso,
Con luz dudosa y tibia reverbera;
Hasta que de los piés las plantas puso
De un negro rio profundo en la ribera,
Que con ronco furor de peña en peña
Por sus hondas cavernas se despeña.

Un pequeño batel puesto á la orilla
Está entre cañas y ovas zabordando,
Donde aquella mortal sombra amarilla
Se entró, al ilustre jóven convidado:
Notable y nunca oída maravilla,
Que obedeciéndole él, y ella bogando
Por los despeñaderos de aquel rio,
Mas recio va que el agua á su navío.

Cercado de figuras temerosas,
Que á la luz se descubren, que levanta
El oro de las sierpes escamosas,
Que con su horrible centellear espanta:
Y sobre negras ondas espumosas
El frágil leño al centro se adelanta,
Donde la luna sus mudanzas mide,
La noche reina y el horror preside.

Así en el requemado Flegetonte
La barca de la muerte, y su barquero,
Temple á las almas muda, y horizonte,
De un claro mundo, á un espantoso y fiero:
Y Alcides cuando entró por Aqueronte
A enlazar las gargantas del cerbero,
Así en el débil leño á todo vuelo
Los límites feroz pasó del suelo.

Sintió en el sosegado movimiento
Del temeroso viento denegrido,
Haber ya hecho la barquilla asiento,
O en agua mansa, ó puerto conocido:
Buscó el piloto por el barco á tienta,
Y viendo que se le ha desvanecido
Causóle horror, que en golfo tan esquivo
Aun hace un muerto compañía de vivo.

Hiere á una parte y otra con la espada,
Y en el fondo del agua con los remos,
Y ni halla de aquí ni de allí nada,
Ni al rio corriente, ni al remanso extremos:
Solo de horribles sierpes ve cuajada
La negra espuma, como ver solemos
Con el presto relámpago que embiste
Los pardos bultos de la noche triste.

Así el menudo centellar que sale
De las sierpes al agua, y los dragones,
Solo con sus vislumbres tristes vale
Para aumentar del miedo las pasiones,
Haciendo que un temor á otro se iguale,
Las negras sombras, y húmedas visiones,
Con el espanto del lugar horrible,
Bastante prueba á un ánimo invencible.

El valeroso jóven que se halla
Ni bien en este ni en el otro mundo,
Sin guía, senda ni luz, ni en que buscalla
En el herviente lago y golfo inmundo,
Que ni su barca sabe gobernalla,
Ni como vadear el rio profundo,
De un bordo en otro en vano se fatiga
Buscando el puerto ó la ribera amiga.

«Sin duda, dice, el cielo me ha traído
Por alguna soberbia culpa mia,
Donde en eterna noche confundido
Con el miedo ande siempre en compañía:
Mas si en esta caverna y lago hundido
Mi nombre ha de quedar, y aquí me guía
El mal dispuesto influjo de mi estrella
A morir sin por qué tan mozo en ella;

Deme un famoso brazo con quien pueda
Quedar como quien soy de un golpe honrado,
Que no es gran cosa hacer la fatal rueda
Que un hombre si es mortal muera ahogado:
Y si algun tiempo por vivir me queda,
Tampoco es bien pasarlo aquí encerrado,
De cualquier suerte quiero ver si puedo
Destas cuevas romper el ciego enredo.»

Dijo, y con anibos remos presuroso
Boga á buscar el fin de la laguna,
Y sin tomar aliento ni reposo
Se cansa en vano sin mudanza alguna:
Párecelle que vuela mas furioso
Su barco que la esfera de la luna,
Y no se mueve mas, ni da mas paso,
Que en Tesalia las cumbres del Parnaso.

Veinte millas hubiera navegado
Con el recio bogar si se moviera,
Cuando el remo arrojó desalentado,
Sin esperanza ya de hallar ribera;
Volviendo al cielo todo su cuidado,
Y pidiendo, si es fuerza que allí muera,
No hereden cuerpo y alma unas serpientes,
Pues nacieron de padres diferentes.

Pide tambien en su secreto pecho
Favor á la purísima María,
Y á su santo Custodio, que el estrecho
Camino le abra, y vuelva á ser su guía:
Y viendo que es cansarse sin provecho
Gastar las fuerzas mas en tal porfia,
Se está quedo esperando á ver la suerte
Que el tiempo echa en su vida, ó en su muerte.

Y mientras sepultado en el profundo
Entre horribles figuras se lamenta,
Tambien la superior parte del mundo
Al cielo obscuro sus estrellas cuenta:
Cubierto el primer suelo y el segundo
Del negro manto que el temor aumenta,
Guardando las tinieblas sin figura
Sus privilegios á la noche oscura.

Y así en silencio y suspension callada
Todo permaneció hasta el nuevo día,
Que un rayo entró de luz amortiguada,
Por donde un muro sin pensar se abria:
Y en una hermosa sala matizada
De oro precioso, y varia pedrería,
Sobre una rica cama de brocado,
Con sus congojas se halló embarcado.

Vió que eran los dragones y serpientes,
Que antes le perturbaban con vislumbres
De oro y preciosas piedras transparentes,
Que á la cuadra enlazaban las techumbres:
Las espumas aljófares pendientes
De un rico pabellon alegres lumbres,
Y la barquilla en que iba tan estrecho,
La blanda pluma de un dorado lecho.

Tuvo por sueño todo lo pasado,
Sus temores riendo y su recelo,
Y saltando del lecho apresurado,
Corrió alegre á gozar del claro cielo:
Abrió una puerta de marfil grabado,
Por donde entró la luz, y halló que el suelo
Era todo de un vidrio transparente,
Como el certúleo mar resplandeciente,

En que de los tesoros de la sala
Caian unos vivisimos reflejos,
Que en vista y proporcion no les iguala



La industria de los cóncavos espejos,
Siendo serpientes de oro hechas por gala
Los que dragones parecian de lejos,
Fingiendo las vislumbres de un topacio
El contrahecho asombro en el palacio.

Mas ya saliendo por la eburnea puerta
Tras el sabroso fin del dulce engaño
Un nuevo mundo vió, á quien da cubierta
Un cielo de agua sin lesion ni daño:
Admiróse de ver que al aire abierta
El ancho mar par artificio extraño
La bellissima bóveda levante
A la de un claro cielo semejante.

Y que los rayos del dorado Febo,
Que por las cumbres vuelan celestiales,
Con nuevo dia en aquel mundo nuevo
Luz á su nacar den, y á sus corales:
Y en claros visos con sutil relieve
Del mundo así relumbran los cristales,
Que con vislumbres de oro y resplandores
Iris hagan bullir de mil colores.

Entre las aguas los ligeros peces,
Con ses go movimiento y curso blando,
Por varias partes, y en diversas veces,
Las crespas ondas ir se ven cortando:
Y al rubio sol sus escamadas teces,
Como cuerpos opacos relumbrando,

Su luz en globos lúcidos se cuaja,
Y en contrarios aspectos se baraja.
Así el vulgo sospecha que en el cielo
El sol camina, y vuelan las estrellas,
No asidas, mas cada una en suelto vuelo,
O mas bellas en luz, ó menos bellas,
Dando en confuso y suelto enjambre al suelo
Del oro de su lustre las centellas,
Con un eterno curso sin trabajo,
Cual es de un grave cuerpo el irse abajo.

Admiróse de ver la hermosura,
Que en claros y argentados arreboles
Por el agua entremete la luz pura,
Tejiendo en ella varios tornasoles:
Y del lustroso nacar la blancura,
Que en conchas y revueltos caracoles
Las aguas crian, y con tez de plata
Sus suelos cubren de beldad barata.

Dase en aquellos campos espaciosos
El rocío en aljófares cuajado,
De balajes, jacintos, y lustrosos
Carbuncos y amatistas retocado:
De espejado cristal riscos lustrosos,
Arboles rojos de coral preciado,
De zafiros, crisólitos, topacios,
Los montes llenos, muros, y palacios.

Ricas florestas, huertos y jardines,
Sin dormir nunca, y sin descansar
Por las ventanas, y por las puertas
Al vidrio alzar el cristal
6

Con parras de oro y pámpanos de plata,
Rubies por uvas, perlas por jazmines,
De aljófar argentada cada mata :

Así en triángulos da el cristal cuajado
Al encrespar los aires con plumajes,
De oro, nácar, azul, verde y morado,
Pomposas sombras, lúcidos follajes :

Y entrando por los campos, no distante
De la ancha puerta, un prado deleitoso
De tiernas flores lleno el radiante
Asiento muestra de un castillo hermoso,

Las ricas galerías y ventanas,
Antepechos, y lúcidos balcones,
De hermosas niñas con libreas galanas,
Dan á la vista raras perfecciones :

Es de la juventud y la hermosura
Tierno albergue el alcázar delicado,
Donde la alma, salud, y su frescura,
La alegre sangre, y el vivir templado,

Puesto en frontera deste gran palacio,
Sobre una parda carcomida roca,
Otro distante del no largo espacio,
Las nubes con sus rotas cimbras toca :

Habitan dentro horribles sabandijas,
Necias mujeres de ánimas volitarias,
Flacas, feas, fantásticas, prolijas,
Frias, falsas, caducas, herbolarias :

Es la triste vejez de edad cansada,
Ligera posta en alcanzar mortales,
Y las brujas de que anda acompañada
Ciega baraja, y confusión de males :

Todo este infausto campo de enemigos,
Sin dormir noche, ni escusar de día,
Por las ventanas da, y por los postigos,
Al vidrioso alcázar batería :

Dejando á sus victorias por testigos
La mustia tez, y muerta gallardía,
Que á cada hora lastiman, y con vanos
Escudos se defienden de sus manos.

Vió á Angélica la bella á una ventana,
Por quien tan largo afán tomado habia,
Y que una hada envejecida y cana
Ya por cogerla á su balcon subia :

Rodeado de fantásticas quimeras,
Horribles gestos, lóbregos visajes,
De aquí y de allí le dan de mil maneras
Pesados golpes, bárbaros ultrajes :

En venganza de el muerto Polidoro,
De Hecuba y sus mujeres el malvado
Y fiero rey de Tracia hambriento de oro;
Ni Orfeo al pié del Ródope sentado,

Que el tierno jóven del enjambre esquivo,
Que al frágil vidrio con furor contrasta,
Y las bellezas de su muro altivo
Con sordas invisibles limas gasta :

Con la que el brazo de Aristeo se suena
Que apretado le tuvo y preso un día;
O con la que él se deja atar sin pena
Cuando alguno le vence su porfía,

De su patria y linaje lo mas cierto,
De quien su ayo por modo peregrino
En sombras siempre le habló encubierto;
Sobre él ligero entró, y el adivino

Que trepando iba el muro peligroso,
Y arrojándolo al suelo, ya queria
Ponerle el pié como á raton medroso,
Cuando ella humilde á su furor rendida

«Oh invicta gloria del valor de España!
No ofendas las grandezas de tu mano
Mostrando ahora sin sazón tu saña
En dar injusta muerte á un vil gusano :

Oye que no hay tan mustio y seco heno

Proteo es cierto espíritu marino
Que las llaves del mar inmenso tiene,
El que abre y cierra el paso, y da camino
A cuanto de sus aguas se mantiene,

Este en lo hondo de una gruta obscura,
Que el ciego seno ocupa desta cueva,
Luz si lo vences te dará segura,
Y de cuanto deseas saber nueva;

Con cadenas de perlas has de atalle,
Que será lo demás cansarte en vano.
Dijo, y cuando mas puesto en escuchalle
Sin sospechas estaba el asturiano,

«Mirada del mudable dios Proteo.»
Habiendo leído en el romano Homero
La historia deste monstruo variable,
Bien que la tuvo por ficción primero,

Y deseando saber de su camino,
De su patria y linaje lo mas cierto,
De quien su ayo por modo peregrino
En sombras siempre le habló encubierto;

Y echarto por la boca y ojos fuego,
Se fue mudando entre las peñas toscas,
Que antes servian de cama á su sosiego;
Mas el valor que á las horribles moscas

Volvió en preciosas joyas, cerró luego
Con el marino monstruo nigromante
Con nuevas fuerzas y ánimo bastante.
Y por las alas, cresta, y las escamas,

Le anuda y ciñelos fornidos brazos,

Sin temor de los silvos y las llamas
Con que asombros le finge y embarazos :
Cuando crecer de un árbol vió las ramas
Por entre sus fortísimos abrazos,

«Queriale ya dejar desconfiado
De sujetar un trago tan mudable,
Cuando en lo alto de un risco vió asomado
Su calvo rostro y barba venerable :

«Bernardo se admiró, y con la cadena
Que al pié de aquel peñasco halló asida,
Probó en torno á ceñille, y de agua llena
En rio quedó la Peña convertida :

«Es gran Proteo el tiempo en sus mudanzas,
¿A quien no se le trueca entre las manos?
A unos se huyen, á otros da esperanzas,
Y á todos reglas y consejos sanos :

«Mas al que en no dejarlo persevera
Altísimos secretos le descubre,
Y de la edad pasada y venidera
Cuanto el olvido y su silencio encubre :

«Mas al que en no dejarlo persevera
Altísimos secretos le descubre,
Y de la edad pasada y venidera
Cuanto el olvido y su silencio encubre :

«Mas al que en no dejarlo persevera
Altísimos secretos le descubre,
Y de la edad pasada y venidera
Cuanto el olvido y su silencio encubre :

«Mas al que en no dejarlo persevera
Altísimos secretos le descubre,
Y de la edad pasada y venidera
Cuanto el olvido y su silencio encubre :

«Mas al que en no dejarlo persevera
Altísimos secretos le descubre,
Y de la edad pasada y venidera
Cuanto el olvido y su silencio encubre :

«Mas al que en no dejarlo persevera
Altísimos secretos le descubre,
Y de la edad pasada y venidera
Cuanto el olvido y su silencio encubre :